

# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 265

25 cts

16 MARZO  
1930



- ¡YA HE VISTO QUE HABEIS SIDO BUENOS Y NO OS HABEIS COMIDO LA  
FUENTE DE NATILLAS!  
- ¡ATIZA! ¡SE NOS HA OLVIDADO!

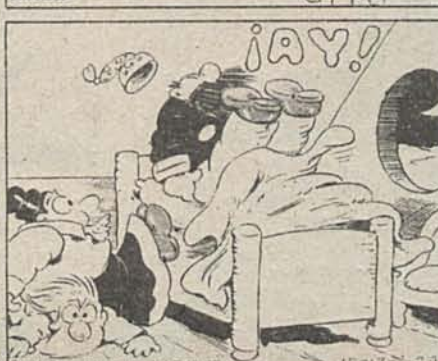


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

que debía ser uno de los prófugos condenados en contumacia. Sin embargo,

repugnándome el papel de delator, y no teniendo además datos de absoluta certeza, guardé el secreto de mi cliente y me limité a vigilar el modo en que llevaba sus negocios. No tardé en persuadirme de que procedía en ellos con absoluta probidad. Sus haciendas prosperaban, el rédito aumentaba cada año y el crédito se hacía por momentos más sólido y más vasto. En una palabra, Kien-tsing, pues así le llamaban sus dependientes, se hizo uno de mis clientes más importantes. Pero, hace ahora dos años, hizose también amigo mío, y no creo haber rebajado por ello mi dignidad personal y mis sentimientos de rectitud en las ideas y en la vida. Dos años hace y por esta misma época, apareció de improviso en mis oficinas de Oxford Street. Pálido, demacrado, destruido, los ojos como absortos en la fijeza de un pensamiento obsesionante, casi no se le podía reconocer. Tuve la intuición, la adivinación, ante su lamentable catadura, de su vida de dolores y remordimientos; y no pude menos de revelarle que conocía su secreto. El infeliz quedó lívido, confuso, aterrado; pero yo me apresuré a tranquilizarle declarando que no era mi intención venderle; y me las compuse de modo que le infundí un poco de valor, de aliento, de confianza. Tranquilo y consolado, Larouchy refirióme entonces su historia con toda clase de pormenores, y respondo a ustedes de que su dolor y su arrepentimiento me llegaron a lo vivo. Nosotros, los indios, sabemos leer en el corazón humano: aquella confesión fué leal y

sincera. Ese hombre es menos culpable de lo que podría creerse. Yo le aconsejé entonces, para su tranquilidad futura y para acallar su conciencia, que ofreciera a la justicia las pruebas de la inculpabilidad del desventurado que sufre la deportación en lugar de él y de sus cómplices. Llorando, Larouchy me prometió solemnemente que cumpliría su deber; y desde aquel día fuimos amigos. Mantuvo su promesa. El verano pasado me mandó a su intendente, Garré, con una carta que me autorizaba a entregarle dinero para que pudiese proseguir el viaje hasta Francia a donde llevaba el encargo de buscar al hijo de D'Alimand. Pero desde entonces ya no supe nada de él ni de su emisario; y ahora este chino no me sabe decir otra cosa sino que su señor está muy mal. He ahí todo lo que sé.

—¿Puedo hablar en su presencia?—pregunté yo entonces refiriéndome al chino sentado junto a Nurak.

—Sí; no habla más que en su lengua, y de inglés no entiende ni palabra. Hable usted, pues.

—Púseme entonces a referir el resto de la historia: la llegada de Garré a París, su asesinato, nuestra partida en busca del cómplice confeso y de los documentos, mis aventuras con aquel maravilloso embaucador de Kōwaes, y acabé leyendo en alta voz la carta de Mandiguet.

—Mi director se interesó vivísimamente en la narración y me indujo a marchar sin tardanza, aquella misma noche, para unirme a mi colega lo antes posible en China; pero Nurak Kandibar manifestó el propósito de venir conmigo a ver a su amigo por última vez, y me rogó le esperase un par de días, el tiempo necesario para encauzar ciertos negocios que entre manos traía. Quedó así resuelto que partiríamos juntos el día 20, lo más tarde.



»Me acosté avanzada la noche, después de las interminables charlas y de una interesantísima partida de *bridge*, cansado, con la mente nublada un poco por el crecido número de copas de exquisitos licores que la cortesía del anfitrión me había obligado a paladear; y dormí profundamente hasta muy entrada la mañana.

»Al despertarme, parecióme entrar en un sueño, un sueño delicioso y fantástico, y tuve que restregarme los ojos varias veces para convenirme de que estaba bien despierto. La habitación en que me hallaba era sencillamente maravillosa: octogonal, luminosísima, decorada con un lujo principesco, pero de príncipe oriental. Dominaba el lecho vastísimo un dosel de brocado violeta con menudos bordados de oro y sostenido por esbeltas columnas de palosanto. La sobrecama y las cortinas recogidas a los lados de la almohada eran de un tejido de seda del mismo color, pero más ligero, y guarnecidas con preciosos encajes de seda gris de exquisito dibujo y pacientísima confección. La habitación recibía luces por cinco amplias ventanas que se abrían en cinco paramentos de un muro en rotunda, en el de enfrente estaba adosada la mole majestuosa de la cama, y en cada uno de las dos laterales había una alta puerta en arco, cerrada por un espeso portier de terciopelo violado. Entre una y otra ventana, elevábase una columna de pórfido rayado, y en el capitel de cada una incrustábase una especie de escudo de bronce sosteniendo en el centro una lámpara eléctrica protegida por medio globo de cristal opalino. En el pavimento, de relucientes mosaicos, se reflejaban las sombras de tres o cuatro criados que se movían silenciosamente por la estancia, si se me permite llamar así a aquella especie de capilla en la que el lecho hubiera podido ser el altar y yo un Visnú que por el momento se contentara con tener una sola cabeza en vez de tres.

»Los criados habían abierto las ventanas para renovar el aire y estaban limpiando mis vestiduras; yo no tuve más que toser levemente y removerme un poco para que dos de ellos

acudiesen a mi cabecera trayéndome un buen té y legítimos bizcochos ingleses.

»Durante dos días hice así la vida del nabab. Levantábame hacia las doce, y recibía a sir Dalborough que se quedaba a comer conmigo. Luego, hasta las seis, leía, fumaba y bebía una docena de tazas de té; y a esa hora, una cómoda *victoria* enganchada a un tronco de caballos pura sangre, me llevaba a través de las más hermosas vías de la ciudad, animadas a aquella hora por el ir y venir de los automóviles, carruajes y peatones, y hacia las ocho volvía a cenar al fantástico palacio de mi príncipe-banquero. He de confesar que en aquellos dos días casi olvidé a Mandiguet y a Larouchy, y que con algo de pena renuncié a aquella vida muelle y suntuosa para la cual no hubiera creído nunca tener tan relevantes disposiciones.

»En la mañana del 20 salimos, pues, con destino a Bamo en un tren de lujo. ¡Ay! ¡qué mezoquino contraste hacía yo con el enviado chino y sus cuatro servidores frente a la numerosa cohorte de secretarios, escribientes, maestros de ceremonias, criados y porteadores que formaban el séquito del príncipe, parecido a la comitiva de un emperador pasando en viaje oficial por un país extranjero!

»Estuvimos en Bamo el 23. Había resuelto escribirte sólo cuando hubiéramos llegado a la meta de mi viaje y hubiese dado término a mi misión; pero pensé que sería muy triste la Nochebuena de nuestro amigo sin las noticias tranquilizadoras que ahora ya estaba en situación de darle, y por eso le expedí el telegrama pascual que confío le habrá llegado a tiempo.

»Cuando se hubo formado nuestra interminable caravana de caballos y camellos, es decir, al siguiente día de nuestra llegada, cruzamos la frontera y empezamos a internarnos en el territorio chino. Con todo, el día de Navidad, yo, único cristiano entre tantos brahmanes, budistas y mahometanos, propuse que se descansara el día entero. Engañé el tiempo con una excursión cinegética y anduve vagando durante algunas

(Continuará en el próximo número)



# ANITA

## BUEN-CORAZON







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, mi curioso Chonón?

—Hoy quiero saber, mi querido buho, algo relacionado con la vida de un animal extraño. Si adivinas qué animal es, te regalo un cucurucho de caramelos.

—Eso es punto menos que imposible, porque ¡son tantos los animales raros que hay en el mundo! Renuncio a los caramelos.

—Pues el animal del que quiero que hablemos es el rinoceronte ¿verdad que es animal extraño?

—Desde luego, pero también son extraños el hipopótamo, la tortuga, las focas, los pingüinos, y un sin fin de ejemplares que podría citarte. Ya comprenderás que si los animales de raro aspecto fuesen pocos, hubiese yo intentado ganar la golosa oferta de los caramelos.

—¿Dónde habitan los rinocerontes, amigo buho?

—En el Sur de Asia, en las islas de la Sonda y en las regiones del Africa ecuatorial. Antes se encontraban mucho más extendidos, hasta el punto de que en Europa abundaban bastante, pero la persecución de que se les ha hecho objeto ha dejado reducida su rara presencia a aquellas zonas donde el hombre no puede penetrar con tanta facilidad.

—¡El hombre! ¡Siempre el hombre es el más encarnizado enemigo de los animales!

—Tú lo has dicho. Antigüamente existía una variedad de rinoceronte de dos cuernos, con el cartilago de la nariz huesoso. Hoy día se encuentran aun restos fósiles de este animal. Los rinocerontes que viven en la actualidad en la India, tienen un cuerno que les arranca de la nariz. Alcanza el animal una longitud de casi cuatro metros y una altura de más de metro y medio. Su peso llega a los dos mil kilogramos. La cabeza es corta, ancha y voluminosa.

—¿Y es muy largo el cuerno?

—Por regla general alcanza medio metro. Es muy fuerte y resistente y, desde luego, constituye su arma ofensiva. Cubre su cuerpo una piel más dura y seca que la del elefante. Parece, más que piel, una coraza, casi córnea, dividida por pliegues muy profundos, y gracias a estos pliegues, puede el rinoceronte moverse con facilidad.

—Con una piel tan fuerte, será difícil hacerle daño ¿verdad, buho?

—No lo creas. A pesar de ser esta piel casi una coraza, está dotada de tal sensibilidad, que hasta las picaduras de las moscas y mosquitos causan un verdadero tormento al rinoceronte. Para librarse de él, estos animales recurren a un procedimiento que no deja de ser ingenioso. Apenas se levantan se dirigen a las orillas fangosas de los lagos o de los ríos y con el cuerno practican un hoyo en el cual se revuelcan hasta que su cuerpo se embadurna con una gruesa capa de fango. Esta operación les agrada extraordinariamente, tanto por lo que les refresca, cuanto porque les aísla la piel del tormento de las picaduras de toda clase de insectos.

—¿Y qué pasa cuando se seca el fango?

—Pues que se cae y entonces se les queda la piel expuesta a todas las

picaduras. Cuando se ven acometidos por las moscas corren dando saltos hacia los árboles, olvidando toda su pereza, restregándose contra los troncos para mitigar sus padecimientos, y en último caso arrojándose al agua para verse libres del cruel asedio de aquellos bichos.

—Serán agresivos estos animales ¿verdad?

—No lo creas. Por regla general son dóciles y pacíficos, pero no obstante se convierte en maligno si se le provoca o si ha sufrido ya algunas persecuciones. De todos modos, estos colosales paquidermos son más temidos que el elefante. Habitan territorios de agua abundante, regiones húmedas, pantanosas o próximas a los ríos, escogiendo desde luego los terrenos cenagosos pues les agrada mucho revolcarse en el fango. Los bosques y selvas cruzados por corrientes de agua, constituyen los lugares predilectos para su vivienda. Como tienen tanta fuerza, tanta mole, y una piel tan extraordinariamente dura se abren paso con facilidad a través de todas las enmarañadas espesuras de los bosques, donde otros animales de menos empuje no podrían penetrar. Por eso se encuentran casi todas las especies de estos paquidermos en las selvas. Estos animales son más bien diurnos que nocturnos; no pueden resistir el gran calor, y en las horas en que es más fuerte, buscan los parajes sombríos, se echan apoyándose unas veces sobre el vientre y otras de lado, con la cabeza extendida, otras veces permanecen de pie e inmóviles al abrigo de la sombra del follaje que los preserva de los ardientes rayos solares. Duermen con un sueño tan profundo que durante él puede uno acercarse a ellos sin grandes precauciones pues no se dan cuenta de la proximidad de nada. Roncan con tal fuerza que se les oye a gran distancia, lo que constituye uno de los medios más seguros para descubrirlos y darles caza.

—¿Y qué me dices de la inteligencia de los rinocerontes?

—Que entre todos los graúdes paquidermos, es el que tiene sus facultades intelectuales menos desarrolladas. Son inferiores a los demás de su especie y, desde luego, no puede competir en este aspecto con el enorme elefante. Hay que tener en cuenta que la pequeñez de su cráneo y de su cerebro, en relación con el cuerpo, no indica gran desarrollo de inteligencia. Lo que es un hecho indudable es que en este, como en casi todos los animales, el instinto materno les hace defender a sus hijuelos con verdadero ardor. Cuéntase que una vez viajaba un europeo a caballo y descubrió una hembra de rinoceronte con su pequeño, y apenas lo divisó el animal se internó en el bosque con su hijuelo. Como éste no quería avanzar comenzó la madre a empujarle con el hocico y entonces el europeo la persiguió, alcanzándola y dándole algunos sablazos. La hembra lo soportó todo pacientemente hasta que tuvo a su hijuelo oculto en la espesura y en sitio seguro, pero entonces se volvió enfurecida al jinete y rechinando con furia los dientes cayó como el rayo sobre su agresor, le rasgó una bota en mil pedazos y allí hubiera el europeo acabado su existencia si el caballo no hubiese emprendido una prudente huida con su jinete.

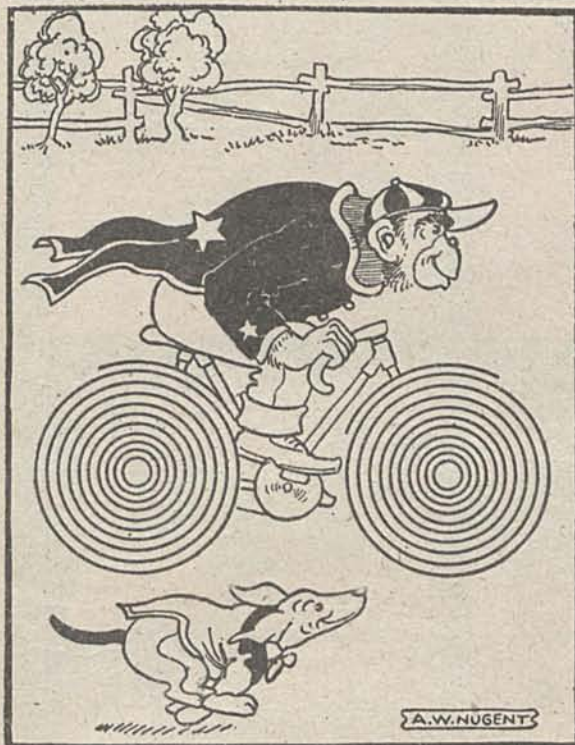
—Yo creo que le estuvo a éste muy bien empleado.

—Y yo creo lo mismo. Es una insensatez atormentar a los animales nada más que porque sí.



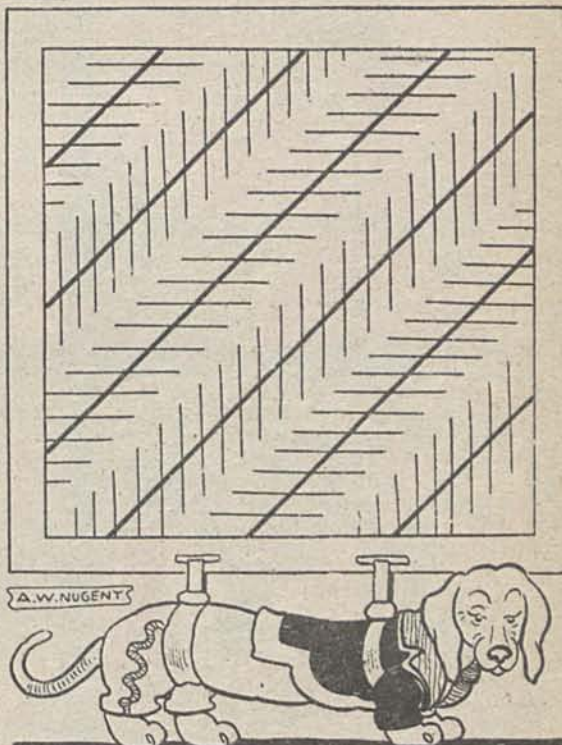


# PARA PASAR EL RATO



## ILUSIONISMO

Dos dibujos tenéis aquí, amados pinochistas, igualmente engañosos. Si miráis con fijeza el de la izquierda os parecerá que las ruedas de la bicicleta giran vertiginosamente. Sin embargo, las ruedas están paradas... como podéis comprobar. Ahora, mirad el otro dibujo. ¿Lo habéis mirado bien? ¿Bien, bien? ¿Verdad que las líneas gruesas que lo atraviesan no parecen horizontales entre sí? Pues bien, si lo son... No os calentéis la cabeza más... También podéis comprobarlo...



## TODOS DIBUJANTES

...Y vamos con nuestra acostumbrada clase de dibujo... De esta hecha me parece que va a salir dibujando de aquí, hasta el gato...

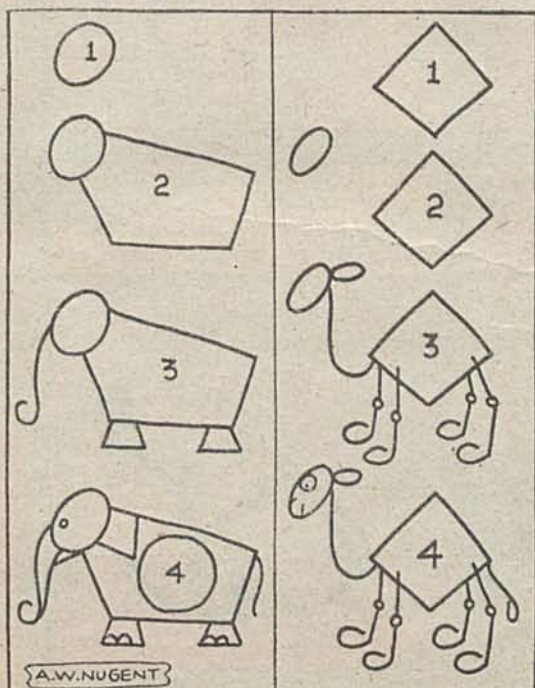
Un elefante siempre ha sido una cosa muy seria... Majestuoso, enorme, con sus potentes colmillos y su ágil trompa, impone miedo y respeto por donde va... Sin embargo los elefantes son mansos y afables... Las apariencias engañan... Si no fuera porque temo incurrir en el enojo de alguno diría que los elefantes son muy buenas personas...

A pesar de lo complicado de su cuerpo dibujar un elefante no es cosa difícil. Basta seguir las indicaciones gráficas que adjuntamos para conseguir vuestro objetivo.

...y de igual forma podéis trazar un camello graciosamente estilizado...

No creáis que por la sencillez de líneas de que están hechos los dibujos tengan poco valor, no. Precisamente lo difícil en el arte, insignes pinochistas, es encontrar la difícil facilidad de la sencillez... y esa facilidad la encuentran ¡ay! muy pocos...

Pero no desanimar... A ver si se os puede contar, con el tiempo, entre esos pocos.







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡SI, SEÑORA, SI! AHORA MISMO ENVIARE A MI BOTONES A RECOGER ESE OBSE-  
QUIO. Y MUCHISIMAS GRACIAS DO-  
ÑA AEROPAJITA



ANDA, MORENO. CEPILLATE EL GORRO QUE  
VAS A IR A CASA DE DONA AEROPAJITA  
A RECOGER UN OBSEQUIO QUE ME HA-  
CE CON MOTIVO DE MI  
PRÓXIMO CUM-  
PLEAÑOS

NO SABÍA NADA.  
QUE LOS TENGA  
USTED MUY FE-  
LICES



¡VAYA SUERTE QUE TIENE DON TURU!  
¡SIEMPRE LE ESTAN REGALANDO  
COSAS! EN CAMBIO A UN SERVI-  
DOR NO HAY QUIEN LE REGALE  
NI UNA MOSCA VIUDA



¡MI ABUELA! ¡QUÉ RAMILLETE LE REGA-  
LAN A DON TURU! ¡SI ESTO PARECE EL  
HIMALAYA HECHO MERENGUE!



¡VAYA, HOMBRE! ¡QUÉ MALÍSIMA PATA!  
AHORA EMPIEZA A NEVAR. ME TEN-  
DRE QUE REFUGIAR EN ALGÚN SI-  
TIO



YO LO SIENTO, PERO COMO  
DURE MUCHO LA NEVADA  
LE VOY A TENER QUE METER  
MANO AL RAMILLETE.  
TENGO UNA DEBILIDAD QUE  
MAREA



¡QUÉ RÍQUISIMO ESTABA!  
AHORA HARÉ UN RAMILLETE  
CON NIEVE Y DON TURU NI  
SE DARÁ CUENTA



TOMA, MORENO; NO TE VAYAS QUE A  
MI ME GUSTA SER AGRADECIDO, YA  
QUE TE HAS MOLESTADO EN TRAER-  
ME EL RAMILLETE, TOMA LA BANDE-  
RITA PARA TI, PARA QUE VEAS QUE  
YO SOY ESPLÉNDIDO



SI NO LLEGO A COMERME EL RAMI-  
LLETE ME LUZCO. GRACIAS A QUE  
UN SERVIDORITO CONOCE LA  
ESPLÉNDIDEZ DE LOS GLOTONES







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL ARTE DE TOCAR EL CORNETÍN

Castillo



OR un camino iba un pobre elefante, más aburrido que un gato sin ratones, porque le acababan de dejar cesante del destino de aguador que desempeñaba en casa de un oso principal.

—¡Qué haré yo, pobre de mí!—gemía el desdichado, dándose, de rabia, trompazos en las ancas.

En esto, de un árbol cayó al suelo un mono vestido de encarnado y con una trompeta en la mano.

—¿Adónde vas, amigo?—dijo el mono puesto en dos patas y saludando con la mayor finura.

—A darme un cabezazo contra un árbol, porque estoy cesante—contestó el elefante llorando lagrimones como nueces.

—¿Y por eso te apuras? Se conoce que eres un elefante de poco más o menos; porque, si no, en vez de afligirte, bailarías un zapateado.

—Sí, con esta planta sandunguera. ¿Y con qué voy a ganarme la vida?

—¿Con qué? Con la trompa y la trompeta—exclamó el mico—. Ya verás qué combinación. Yo, con esta boca que Dios me ha dado, no puedo tocar; y tú, con esas patas, no puedes pisar los pistones del cornetín, porque si los pisas, ¡adiós pistones! Pues ahora verás lo que se me ocurre: tú, con la trompa, soplas en el cornetín, y yo muevo los pistones, y no van a ser peteneras las que van a salir.

—¿Cómo?

—De pistón, y, por tanto, pistonudas. Conque di, ¿aceptas el trato? Tú soplas y yo toco.

—¡Qué he de hacer! Seré un fuelle con cuatro patas; y como me des de comer, lo que es por aire no ha de quedar. ¡Me río de las tormentas!

—Pues choca—dijo el mono extendiendo la mano.

—Choco—contestó el elefante alargando la trompa.

Subió el mono encima de su compañero, y ambos siguieron

el camino en busca del público ante el cual lucir sus habilidades.

A poco encontraron unos osos respetables por sus carnes y también por sus colmillos, que salían a pasear por mandato del médico. Saludáronse, y el mono les ofreció que entre él y su compañero tocarían las piezas más escogidas de su repertorio.

Montóse el mono sobre la trompa del elefante, púsole en el extremo de ella el cornetín, y, al decir: *sopla*, tal resoplido dió el animal, que la trompeta y el mono salieron disparados.

El cornetín se le clavó a un oso en una pata, de donde costó mucho trabajo extraérsele; y el mono recomendó al elefante que en lo sucesivo no soplara con tanta fuerza.

Llevarían poco más de una hora de camino cuando dieron en una venta. Llamaron, salió el ventero, y, al ver a tales huéspedes, dijo que no tenía habitaciones disponibles.

—Basta con una para mi amigo—dijo el mono.

—¿Y usted, amigo?—repuso el de la venta.

—Yo dormiré en el lomo de éste. Se le pagará bien; conque fuera escrúpulos, y prepárenos la cena.

—Vaya, pues, adelante. ¿Y qué quieren cenar?

—Pide tu primero—dijo el mono al elefante. A lo cual éste respondió:

—¡Cualquier friolerilla, porque estoy desganado! Doscientos huevos pasados por agua, un quintal de zanahorias fresquitas, trescientas libras de patatas, sesenta cántaros de leche y seis quintales de pan. Tengo malo el estómago y no puedo recargarlo demasiado.

—Ya se ve, amigo—dijo el ventero asustado—; pues si tiene apetito, se comerá usted la torre Eiffel. ¡Cualquiera le mantiene por contrata! Pero en fin, todo lo doy por bien empleado si me libran ustedes de un feroz enemigo que ha prometido matarme.







—¿Quién es?—preguntó el elefante, irguiendo majestuosamente la trompa.

—Un lobo tremendo, que todas las noches ronda la posada—dijo el ventero estremeciéndose.

Aquella noche, después de cenar, pusieron al acecho el mono y el elefante, y, para llamar la atención del lobo y hacerle creer que en la venta estaban descuidados, comenzaron una serenata de cornetín capaz de volver loco a cualquiera.

Acercóse a la venta el lobo, sin ruido alguno, creyendo muy divertido al ventero y a la gente que con él estuviera, y comenzó, como todas las noches, a dar vueltas por aquellos alrededores, hasta acercarse a la puerta de la posada, que estaba cerrada, y desde allí llamó, según costumbre, al ventero, diciendo:

—¡Caralampio, sal, que te quiero comer los intestinos!

El ventero, temblando, dijo al elefante:

—¿Lo oye usted? Quiere comerme las tripas.

—¿Conque tripitas de ventero? Como si dijéramos un plato de callos.

El mono añadió:

—Contéstele usted al lobo diciéndole que va a salir en seguidita.

Entonces, el amo de la venta se acercó a la puerta y dijo:

—Amigo lobo, ¿qué daño te he hecho para que me quieras tan mal?

—Porque eres rubio, y un rubio mató de un tiro a mi tatarabuelo; he jurado no dejar un rubio vivo. Conque date prisita, que se me está haciendo la boca agua.

—¡Cómo ha de ser! Saldré, ya que te empeñas; pero mira que puede que te pese.

El elefante se levantó con mucho sosiego de la mesa, quitóse la servilleta que llevaba al cuello, y colocándose junto a la puerta, hizo seña al mono de que quitara los cerrojos.

Descorrió el mono el cerrojo, abrió la puerta, y el elefante avanzó. La noche era oscura y no se veía nada. El lobo, creyendo que salía el ventero, dijo con voz suave:

—Vaya, hombre, acércate, que no te haré

sufrir mucho, aunque sólo sea por la buena voluntad con que vienes.

De pronto se agitó una cosa en el aire: era la trompa del elefante que cayendo sobre el lobo y enroscándose al cuello, lo levantó en alto, y, sin hacer caso de sus aullidos, lo entró en la venta. Ya en ella, el mono hizo bajar al ventero con la luz, y el lobo, al verse cogido por un elefante, dió un grito de terror.

—¡Infame!—gritaba—¡Me has vendido!

Y el ventero contestaba con sorna:

—Pues mira el parroquiano que te ha comprado.

—Vaya—dijo el lobo con voz melosa—suélteme usted, y me voy.

—Voy a soltarte inmediatamente—repuso el elefante.

—¡No, por Dios!—gritó el ventero—¿De ese modo paga usted mi obsequio?

—Yo le prometo a usted—dijo el elefante—que, en cuanto yo le suelte, no le hará

a usted nada.

Y, tal como lo tenía cogido con la trompa, salió a la puerta y lo tiró tan alto que, al caer, se estrelló contra el suelo.

—¿Ve usted, amigo ventero, cómo le suelto y no se mete con usted? Ahora, en recompensa de este favor...

—Ya me lo figuro: dos mil huevos, un carro de zanahorias y dos tahonas.

—Si usted se empeña...

Y en un dos por tres acabó el elefante con todos los comestibles de la venta, no sin que tuviera que darle algunos al mono, que gritaba:

—Yo también soy hijo de Dios.

A la mañana siguiente, muy temprano, se marcharon el mono y su compañero a recorrer el mundo, y se cuenta que ganaron mucho dinero, y, lo que parece más raro, que llegaron entre los dos a tocar muy bien el cornetín.

Y es que la habilidad, unida a la fuerza, no encuentra dificultades.



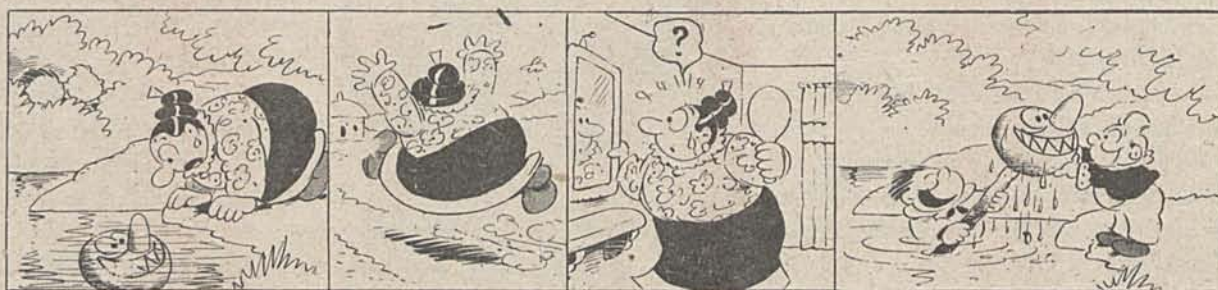
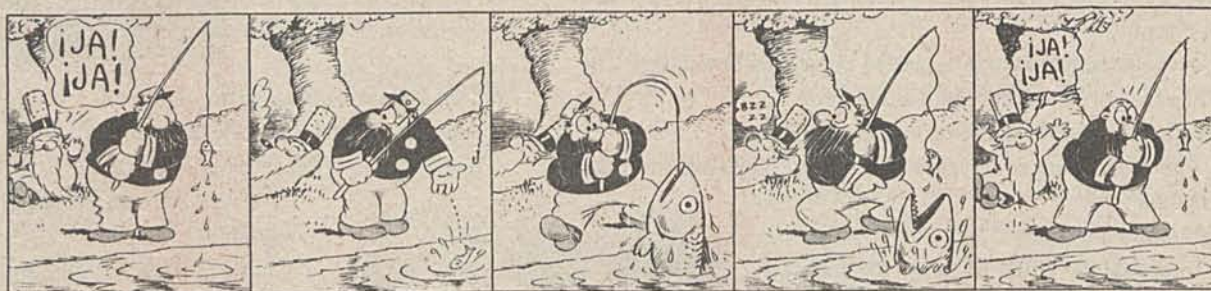
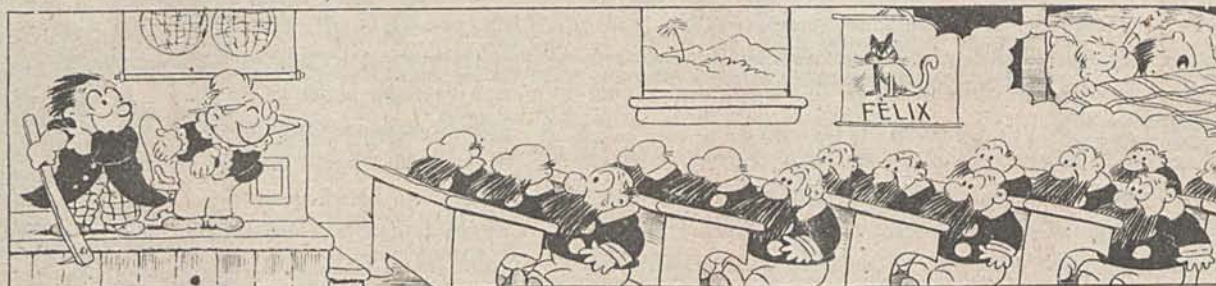
FIN

Ayuntamiento de Madrid





# GRAN CINE TINI-TONESCO





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE MARZO

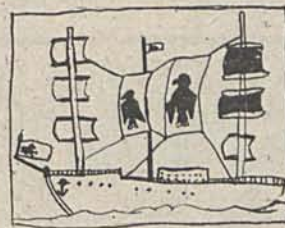
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho  
Salvador Gete



Allá en los tiempos prehistóricos  
Félix Vicente Fernández



Barco pirata.—Francisco Pino



Currinche relojero  
Gumersindo Linares Pérez



Capirucha  
Inés Jaraquemada



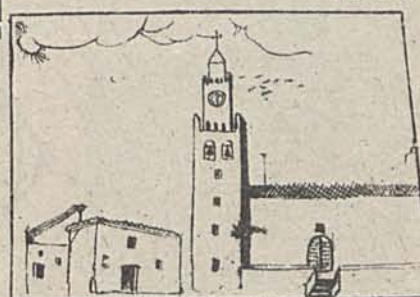
Angel  
J. Jaraquemada



La «Santa María»  
J. Luis Espejo



Mi tío Asdrúbal  
Julio Mateos



La iglesia de mi pueblo.— Ramón Baez



Ferrocarril por Chuchu



Holandesa  
Joaquina Jaraquemada



Don Panfrito  
Manuel Álvarez Rielo



Juventud  
Joaquina Jaraquemada



Pinocho en la India  
Carmen Aeli



Dibujo triangular  
María Caro



Andaluz  
Nosé cuantos  
Ibarredo



Sombra china  
Lorenzo Mendoza



Mi novia. Laurita



El balandro de Don Turu  
B. Piquero



Un húsar  
Francisco Murcia



El chino de los collares  
Carmelo García



Una belleza  
C. Villasant



Mi gato.—Victoriano Pardo



Nuestro gallo  
Paquito y Leonor



Don Turu  
Juan Castellanos



Currinche da paseo  
Julio Alonso



Dos grandes atletas  
Nicolás Menéndez



Don Turu  
E. Navarro



Chapele  
E. López Jordán



Pinocho alpinista  
A. Spínola



Pulgarcito  
Pedro Rodríguez



Mi gatito  
Virginia Murillo



Un acorazado.—A. Pillado



Pinochista  
L. Fernández



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL CABALLITO



El caballito del señor Oso es muy juguetón, y, para gastar una broma a su amo, se ha escondido.

¿Dónde estará el caballito del señor Oso?

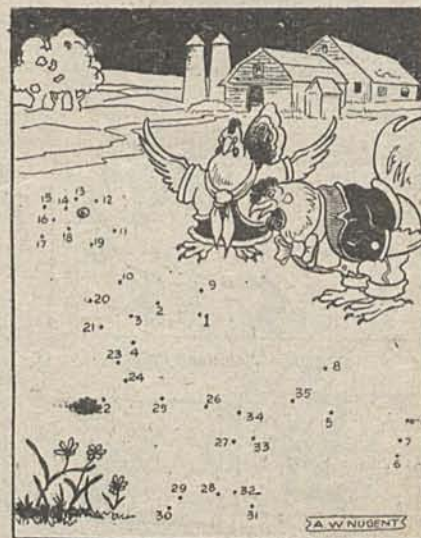
## LA CABRITA



Aquí tenéis diez y seis letras distintas. Se trata de que las coloquéis en grupos de tres letras en cada cuadro, de manera que ningún grupo se repita, y con la condición de que ni horizontal ni verticalmente se repita ninguna letra.

## EL ANIMALITO

Uniendo los números con líneas empezando por el 1 hasta terminar en el 35 trazaréis la silueta de un conocido y simpático animalito.





# VIDA PINOCHISTA



CARLITOS ORLANDO  
Accesit  
Aventajado pinochista



CARMEN GROSS  
Premio de colaboración  
Una esperanza del arte



JOAQUINITO RUCOBA  
Partidario acérrimo del pinochismo



ROSARIO LOSADA  
Accesit  
Pinochista decidida y formidable ciclista



M.ª TERESA MATEOS  
Accesit de colaboración  
Futura rival de Velázquez



EMILIO ARIJA  
Premio de colaboración  
Su dibujo es sobrio y ágil

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

*PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»*

- Primer premio.—Adolfo Wagener.
- Segundo premio.—Emilia Hidalgo
- Tercer premio.—Humberto Bark.
- Cuarto premio.—Luis Escolano.
- Quinto premio.—Atenedoro Soliveche.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Bermudo Patuel, Antonio Rodríguez, Carmencita Lozano, Edmundo Arocena, Antonio Lafuente, Enrique Piqueras, Francisco Nadal, Carlos Grijalvo, Tomasito Videgain, Enguerando Cifuentes, Sertorio Milones, Alberto García, Iulita del Hoyo, Cosme Betanzos y Pepe Robles.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valenciu, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accesit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE OCTUBRE

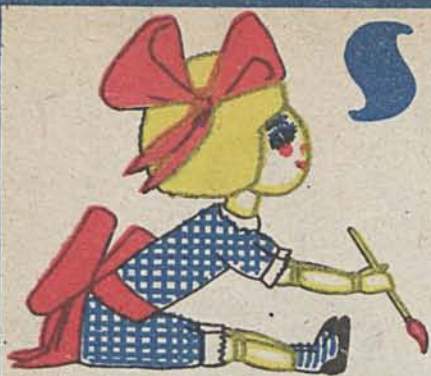
*PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»*

- Primer premio.—Juan Romero.
- Segundo premio.—Fernando Vilariño.
- Tercer premio.—Ximpa IV.
- Cuarto premio.—Sira Fernández.
- Quinto premio.—Rafaelito de la Rosa.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

M. P. Morales, R. Terradas, T. Valdivieso, Peli Ulaya, Federico Climent, Julián Orcazarain, E. Piquero, C. Azcárate, Juan Argudín, Milagros Romero, A. Estremera, Paco Pino, Consuelito Fernández, Pilar Hergueta, Paquito Pérez, Antón Valcárcel, Lolita Fernández, Nicolás Maya, Gonzalo Páez, Angelines González, J. Adell, Luis Iglesias, M. A. Sotomayor, M.ª y Polín Blad, Titi Pérez, Andrés R. de la Rosa, T. P. R., R. Jaraquemada, Pedro Rodríguez, Carmen Allí, Mari Trini Moyano, Domingo Palazuelos, L. Fernández, E. C. Conde, M. C. Conde, J. de Ibarra, José M. Álvarez Cascos, A. Cantalapiedra, Eduardo Lorite, Esperanza Navarro, Teodoro M. N., V. Tacón, S. P. Rivas, J. A. Herrero, Ernesto San Pedro, J. A. Urgoitia, Francisco C., Margarita G. L. y Carmencita Villasante.





# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

## EL GORRITO DE NIEVE

(FIN)

Decíamos el domingo último que, al oír a la Brisa, el viento del Norte la contó la historia de la nieve. Yo no estoy ya para esos trotes; soy muy viejo para meterme en semejantes aventuras; lo mejor es que te dirijas a mi hermano el viento del Oeste.

Siempre volando, la Brisa fué a ver al viento del Oeste que era un señor de barba canosa y cabeza medio calva; la oyó con atención, luego hizo un mohín de disgusto y dijo: «Si se tratase de ir al palacio del rey del Fuego, no diría yo que no; pero la verdad, al de la Nieve no me atrevo, temo que la temperatura sea perjudicial para mi reuma. Mi hermano, el viento del Este, seguramente te ayudará con más facilidad que yo».

Hacia Oriente voló la pobre Brisa y allí se encontró con su tercer primo, el viento del Este que era gordo y rubicundo y, después de oírle, movió negativamente la cabeza, de izquierda a derecha «Imposible, primita—exclamó—da la casualidad que estoy en muy buenas relaciones con el hada Friolina y no la quiero molestar. Si acaso, hallarás la ayuda que buscas en mi hermanito el viento del Sur...»

Ya empezaba la Brisa a cansarse un poco de tanto ir y venir y de pedir inútilmente auxilio a los cuatro vientos (bueno, hasta ahora a tres nada más) y estaba a punto de desrazonarse, pero recordó a Mariluz cautiva en el palacio de mármol blanco por aquella hada blanca, fría y silenciosa, y recordó también a la pobre madre sola en su casita, y se decidió a visitar por último al viento Sur, por si acaso éste la atendía mejor que sus tres hermanos.

Este Viento era bastante joven, no tenía reuma y lejos de ser amigo de Friolina la detestaba porque en más de una ocasión la cruel hada le había proporcionado trancazos y constipados.

Se declaró, pues, encantado de matar de un tiro tres pájaros: hacer un favor a la gentil Brisa, realizar una buena acción y vengarse del hada de la Nieve; y partió con su prima, volando y soplando, salvando en un momento pueblos y montañas, océanos y llanuras.

Así llegaron al bosque de plata; el Viento pasó por encima de los árboles, sacudiendo las ramas con un ruido formidable: ¡Brrruuum! ¡Brrruuum! La Brisa pasó por entre las hojas con un suave murmullo: ¡Frrrr! ¡Frrrr!

Pasaron luego por encima de las tres puertas deslumbrantes, la de rubies, la de záfiro, la de diamante y al hallarse ante el palacio de mármol el viento Sur se detuvo, perplejo: él, era demasiado gordo para colarse, como la esbelta Brisa por el ojo de la cerradura, y las puertas y las ventanas estaban cerradas.

Entonces se subió al tejado y ¡pluff! se metió por el tubo de una chimenea y llegó resoplando y haciendo un ruido formidable a la habitación donde Mariluz seguía sentada en su piel de oso blanco y, sin acordarse de nada, miraba fijamente al hada que hilaba ante su rueca de marfil.

No creáis que hilaba el gorrito prometido, ni mucho menos; hilaba sábanas de nieve con las cuales cubre a los niños imprudentes que se extravían en invierno en el campo. ¡Qué miedo! Y qué tranquila me siento al pensar que ninguna de mis Pirulindas acostumbra a pasearse sola, en Diciembre, cuando está nevando o cuando el cielo está cubierto por estas nubes grises, que parecen rebaños de ovejas sucias y que anuncian la nieve.

Al ver entrar a su enemigo, el hada Friolina se levantó furiosa, casi roja de rabia, jella tan pálida siempre! Llamó en

su auxilio a todos los copos de nieve que tenía en reserva en los graneros de su palacio.

Todos acudieron en tropel; había miles de millones; llenaron la inmensa habitación, dispuestos a cubrir, a ahogar al enemigo.

Pero ya el viento del Sur había cogido entre sus brazos a la niña y después de abrir la ventana, se llevaba a Mariluz por el bosque perseguido por los copos de nieve que revoloteaban a las órdenes del hada, y lo cubrían todo, hojas de raso de los árboles, arena dorada del suelo, con una capa blanca, y fría como su reina, la pálida Friolina.

El Viento corría más que ellos y logró llegar a la casita de Mariluz, y depositar allí a la niña en brazos de su mamá.

Pero no se detuvo; siguió corriendo, siempre perseguido por los ejércitos de Friolina, hasta que llegó a países meridionales donde hacía mucho calor; entonces los copos de nieve renunciaron a seguirle porque el sol los derretía y causaba en sus filas bajas aterradoras.

No sé cómo describiros la alegría de la mamá de Mariluz al volver a encontrar a su nena, ni la alegría de Mariluz, al volver a verse en brazos de su mamá.

Lo que sí os puedo decir es que Mariluz ha jurado que nunca, nunca pasará ya por el bosque de plata y que, por nada del mundo, consentiría en ponerse—supuesto que lo tuviera—un gorro de nieve hilado por el hada Friolina.

En compensación, su mamá le ha comprado un juego de abrigo y gorrito de terciopelo, bordeados de piel de conejo blanco; blanco, sí, como la nieve, como el hada, como el palacio de mármol, pero tan suave ¡tan cálido!

Aquí tenéis a Mariluz con su nuevo gorrito; ¿verdad que está monísima con él? ¿Verdad que no podría estar más linda aunque cubriese sus rizos de oro con un gorro hilado por la pálida Friolina en su rueca de marfil?

